

Lo viejo y lo nuevo de lo nuevo

Primera de dos partes

Silvia Arango

Profesora de la Universidad Nacional de Colombia

Lo nuevo está de moda. Ha estado de moda durante más de 150 años. Cada vez que se intenta un balance –en este caso el de la arquitectura contemporánea en América Latina y en la península Ibérica– se busca desentrañar qué hay de nuevo porque nadie quiere ser anacrónico.

Una de las principales dificultades para lanzarse a los diagnósticos es que lo nuevo siempre está cargado de cosas viejas, a veces viejísimas, que se arrastran sin saberlo. Como son novedosas para cada joven generación que se inicia en el mundo, se toma lo nuevo de lo nuevo con lo viejo de lo nuevo, sin beneficio de inventario.

Para acercarse al desentrañamiento de lo que es verdaderamente nuevo en nuestras arquitecturas y separar las continuidades de las rupturas –desde ojos y distancia latinoamericana–, se presentan las siguientes reflexiones sueltas sobre algunos temas como la globalización, la profesión, la condición temporal de la arquitectura, el minimalismo y la continuidad moderna.

Se dice con excesiva facilidad y rapidez que ahora vivimos en un mundo global, que la globalización ha sido una de las características fundamentales de la arquitectura, al menos desde el Renacimiento. Los grandes movimientos arquitectónicos –el clasicismo, el barroco, el goticismo, el eclecticismo, el movimiento moderno– fueron “naturalmente” universales; su validez procedía de la legitimidad de principios que no se ponían en duda y del uso de técnicas que se consideraban “patrimonio de la humanidad”. Por ello, nadie sentía que importaba extranjerismos por aplicarlos en su terruño.

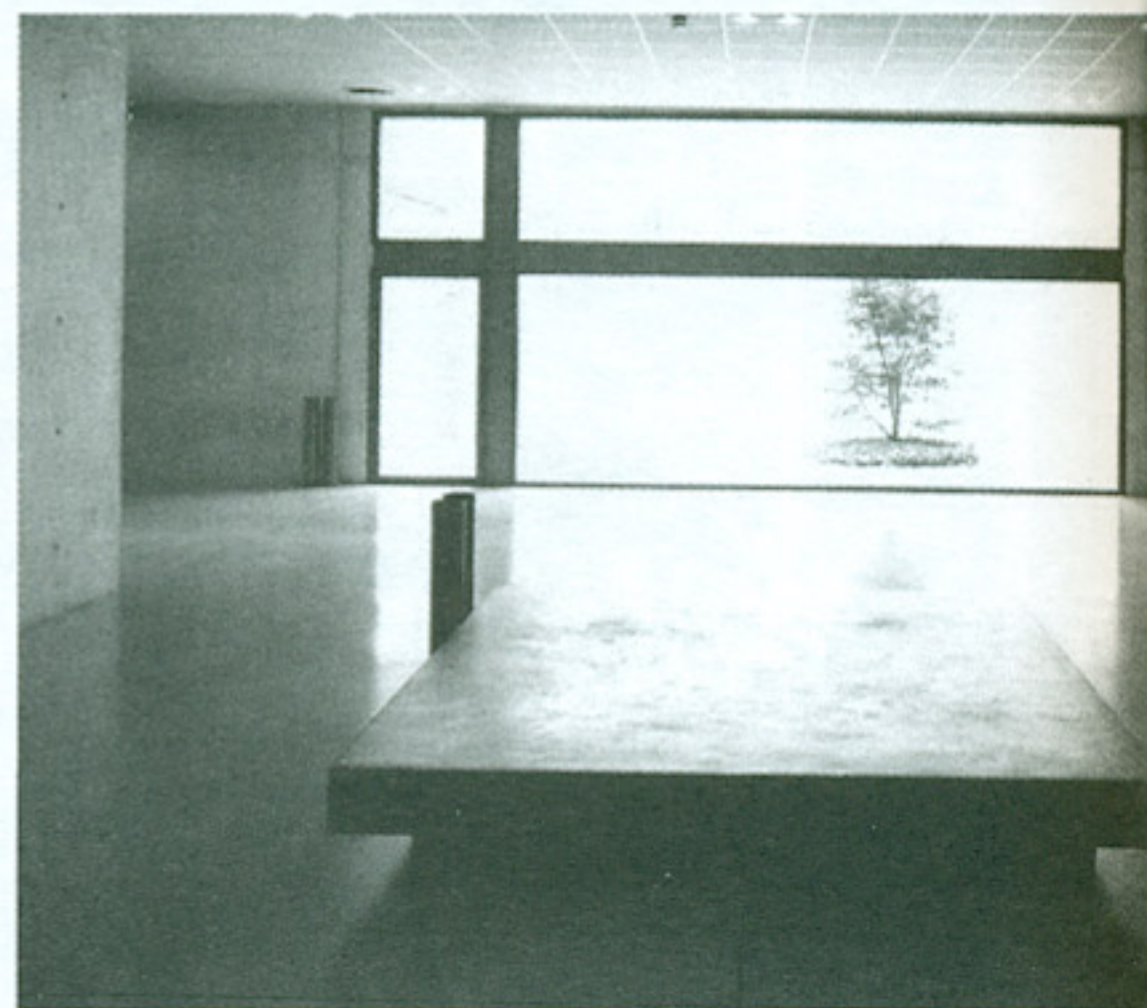


Fotografía: Ross Honeysett. Casa Price o'Reilly, fachada trasera. Libro *La arquitectura del minimalismo*. Arco Editorial, s.a. Barcelona 1997 p. 145

Podría incluso decirse ahora lo contrario: por primera vez en mucho tiempo la arquitectura no está globalizada. Y esto, posiblemente se deba a la evolución interna de las artes durante el siglo xx. Ahora no hay arte, ni siquiera artes, sino artistas. Y no hay arquitectura, ni arquitecturas, sino arquitectos.

Las nuevas tecnologías informáticas, al alcance de los arquitectos latinoamericanos, producen una sensación de contemporaneidad que viene, probablemente, de la magia que aún conservan ciertos avances técnicos recientes, como el extendido uso del computador y sus derivados (el internet, o los programas de dibujo) y esa ilusión se extiende a la arquitectura de una manera general. Pero, como decía Marina Waisman, en la práctica, la teoría es otra.

La gran mayoría de arquitectos en América Latina desarrollan su labor profesional de una manera tradicional, que en muchos países ya ha desaparecido. En oficinas pequeñas, con control sobre todas las partes del proceso de diseño y de construcción. Esta, por su parte, sigue en buena medida anclada en sistemas semi artesanales con mano de obra intensiva y una tecnología de los terminados medianamente industrializada. El compromiso directo con la obra, con la cantera, y la resolución de muchos problemas *in situ* que sigue siendo fundamental, contrasta enormemente con la práctica creciente en el "primer mundo" del arquitecto-artista que "envuelve" formas altamente determinadas por normas super restrictivas y por condicionamientos técnicos, o del arquitecto manejador de catálogos de elementos pre-diseñados; allí, el costo del trabajo manual hace que la rapidez y la exactitud se conviertan en presiones que impiden cualquier improvisación durante la construcción. La posibilidad, aún existente en Latinoamérica, de dudar, de repetir, de gozar las satisfacciones compartidas por un buen terminado, le hace a uno apreciar las ventajas del sub desarrollo.



La aparente alta tecnología que nos envían, engañosamente, las fotografías deliberadas de las revistas, generalmente pertenece al reino de la connotación lingüística: Se trata de un *high tech* que rara vez expresa el uso efectivo de técnicas avanzadas, sino que sólo las representa metafóricamente. La mayor parte de los proyectos en América Latina han sido construidos de manera tradicional, y, en muchos de los ejemplos más exitosos, han tenido detrás un seguimiento minucioso de los arquitectos diseñadores durante el proceso de construcción. Esto se hace más claro en las últimas bienales donde es visible que la crisis económica ha hecho bajar la escala de los proyectos; son escasas las grandes obras y proliferan las casas, las restauraciones, los edificios educativos y las capillas. En estos proyectos de mediano y pequeño tamaño, los escasos presupuestos van de la mano con procesos constructivos llenos de obreros y soluciones ingeniosas y específicas para cada detalle.


No se trata, ¡por favor! De re editar un regionalismo a partir de la glorificación de materiales “en bruto” –la guadua, el barro– que se mimeticen con paisajes exhuberantes. Se trata de reconocer un tipo de práctica profesional muy extendida (afortunadamente), que es parte de lo viejo que está en lo nuevo.

Además de la calidad constructiva y arquitectónica que los procesos lentos pueden acarrear, la dimensión tectónica de la arquitectura se relaciona con su durabilidad. Los arquitectos de Finlandia citaron a un Simposio “Alvar Aalto” para el año 2003 titulado “El elefante y la mariposa”. Con estos animales se buscó simbolizar dos actitudes: la de la arquitectura que se arraiga, que está hecha para permanecer y la arquitectura que vuela, efímera, esperando un rápido reemplazo. Si se excluye su dimensión de arquitectura –objeto de consumo– obsolescencia planificada, la idea de la mariposa (*papillon-pavillion*) puede tener aspectos atractivos: responde a la creencia de un mundo en constante mutación y movimiento, que muere y renace, ágil y vital. ¡Lo siempre nuevo, el viejo sueño moderno!



Fotografías: Eugeni Pons. Facultad de periodismo de Pamplona. Libro *La arquitectura del minimalismo*. Arco Editorial, s.a. Barcelona 1997 pp. 84-85





“Nada es más difícil
de ver que lo
nuevo de
lo nuevo”

Jesús Arango Jaramillo

El tema, pensado desde América Latina, tiene sin embargo, sus matices. Resulta que el contexto latinoamericano tiene mucho de mariposa que, paradójicamente, dura. Vivimos en ciudades donde se superponen sueños inconclusos, con construcciones precarias que pensaban ser efímeras, con normas y reglas de juego que cambian con cada administración... Aquí lo único constante es la provisionalidad. Por eso no es de extrañar que la arquitectura buena, la arquitectura de punta, la que se presenta en los certámenes, tenga pretensiones de elefante. El elefante se ve sólido cuando está rodeado de mariposas. Me parece interpretar en la arquitectura reciente latinoamericana un ansia de permanencia, de erigirse en algo durable, estable, que garantice una vejez digna. No olvidemos que se trata de ciudades nuevas, construídas en lo fundamental en el siglo XX, donde cien años son una referencia lejanísima en el tiempo. Dígase lo que se diga en términos estéticos, en esta arquitectura, consciente de sus condiciones sociales, parece haber muchos más elefantes que mariposas. Hay un ánimo nuevo de convertirse en el patrimonio del futuro y aún –poéticamente– de ser algún día bellas ruinas; de ahí su solidez constructiva.

Las mariposas más irresponsables que aparecen en América Latina tienen que ver con un tema delicadísimo: el diseño de espacios públicos urbanos, que han proliferado en los últimos años. De los múltiples proyectos que en este sentido se han realizado, algunos han comprendido las largas –elefantiásicas– tradiciones, produciendo proyectos que parece que “siempre hubieran estado ahí”, pero muchos, innovadores y volátiles, hacen temer por su suerte en pocos años. Es triste presenciar la decadencia prematura de algunos de estos espacios que no lograron crear lugar. En buena medida, su fracaso ha consistido en un pecado estético: el de trasladar a la ciudad latinoamericana la asepsia minimalista.

continuará